



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Cultura e identidad en México

Autor: Lozoya, Jorge Alberto

Forma sugerida de citar: Lozoya, J. A. (1997). Cultura e identidad en México. *Cuadernos Americanos*, 5(65), 176 -184.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XI, Núm. 65, (septiembre-octubre de 1997).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CULTURA E IDENTIDAD EN MÉXICO*

Por *Jorge Alberto LOZOYA*
EMBAJADOR DE MÉXICO EN ISRAEL

Para Luz del Amo,
por muchos años
de amistad y una tarde
reciente en Jaffa

Hemos de buscar a nuestra circunstancia, tal y como ella es, precisamente en lo que tiene de limitación, de peculiaridad, el lugar acertado en la inmensa perspectiva del mundo.

José Ortega y Gasset

EL IMPONENTE EDIFICIO de la cultura de México ha sido erigido por el esfuerzo consciente de un gran número de personas, cada una preocupada en un determinado momento por contribuir a la consolidación de la identidad de los mexicanos.

Tras una dolorosísima experiencia colonial, México debió construirse, paso a paso, una identidad propia. Se trató de un hecho político del que fueron partícipes todos aquellos que se propusieron establecer, a muy duras penas, una nueva nación dotada para la sobrevivencia en un entorno mundial extremadamente difícil.

Esta verdad de Perogrullo, algunos dirán que de libro de texto, merece hoy ser evocada cuando el país transita por una etapa decisiva de su experiencia nacional. Circunstancia que anhela culminar en la ampliación de los espacios democráticos y la conformación de nuevas opciones creativas para la convivencia social.

Es especialmente importante subrayar la naturaleza volitiva, y por ende política, del proceso de edificación nacional de México.

* Ponencia presentada en el Seminario "La situación actual de México", convocado por El Colegio de México y el Instituto Universitario Ortega y Gasset, El Escorial (Universidad Complutense de Madrid), 18 de julio de 1997.

En efecto, no es un hecho que pueda adjudicarse al realismo mágico o a la generación espontánea. Muy por el contrario, el esfuerzo ha exigido el compromiso individual de todos los que se empeñan en dotar a la sociedad de un perfil auténtico, que evoque lealtades y despierte emociones y sentimientos.

El propósito de la construcción de un Estado nacional independiente y soberano debió pasar por la búsqueda incesante de la identidad. Existían la vocación de libertad y el reclamo de justicia, pero la dimensión trágica de la experiencia colonial y la reiterada supresión del ser americano hicieron imperativa la reflexión ordenada para definir, así fuera vagamente en los inicios, un propósito de lo mexicano. Después hubo que actuar en consecuencia, esto es con determinación y valor, corriendo los riesgos.

En otras latitudes, dígame Francia o Inglaterra, el surgimiento de lo que llegó a conformarse como identidad nacional respondió al crecimiento orgánico del poder y la riqueza en sociedades dotadas de vocación imperial.

El caso de España y Alemania es diferente, especialmente en el siglo XIX. Esta diferencia tendrá un impacto reconocible en el debate mexicano, al servir de referencia para los intelectuales comprometidos con la construcción nacional.

Es oportuno admitir aquí que la batalla por la identidad mexicana se inserta, como tantas otras cosas trascendentes para nosotros, en el destino común de América Latina. La lucha es parte inseparable del propósito de defensa del ser latinoamericano. Tanto así que cada vez que hemos pretendido disimular pagamos un precio enorme y retrocedemos en el afianzamiento de lo nuestro. Más allá de los espejismos de una frustrada incorporación de México al paraíso del consumo chatarra, nada de lo que verdaderamente importa lo vamos a obtener en solitario y, menos aún, dando la espalda a América Latina.

En nuestra región del mundo, la reflexión sobre las razones y fines últimos de la existencia ha derivado, casi siempre, al cuestionamiento de las formas específicas y concretas de la realidad latinoamericana. Los próceres de la Independencia, los positivistas y su debate sobre civilización y barbarie, o la Teología de la Liberación cada cual durante su tiempo convergen en una angustia compartida sobre la identidad en peligro.

Dejando de lado por estériles las eternas rivalidades políticas y las alianzas y contraalianzas partidistas, la preocupación por las raíces de la conformación social y sus peculiaridades ejercidas como

manera de ser nacional caracteriza a la historia de América Latina. En el caso de México, la revisión contemporánea de las posiciones adoptadas por liberales y conservadores a lo largo del siglo XIX deja clara esta motivación común, según lo han demostrado historiadores de la talla de Josefina Zoraida Vázquez.¹

En 1926 Manuel Gómez Morín, extraordinario pensador que fundó el Partido Acción Nacional y cuya influencia en la política mexicana no ha sido aún adecuadamente aquilatada, describió en términos dramáticos el fondo de la cuestión:

Oscuridad dolorosa del mestizaje, trágica supervivencia de grupos derrotados en una científica selección racial, mediocridad de criollos tropicales vivaces, superficiales y espiritualmente invertebrados, o raza cósmica, cultura nueva, sentido total de la vida que armonice y supere las contradicciones que atormentan al mundo moderno.²

En la tarea agobiante de intentar dar respuestas a tales incógnitas radica en gran medida la enorme trascendencia social de los intelectuales comprometidos con el avance de la identidad de los mexicanos desde José Vasconcelos hasta Carlos Fuentes y Carlos Monsiváis. Estos grandes pensadores, junto con Justo Sierra, Octavio Paz, Edmundo O'Gorman, Leopoldo Zea, Silvio Zavala, Samuel Ramos, Jaime Torres Bodet, Manuel Gómez Morín, Daniel Cosío Villegas, Antonio Caso y Vicente Lombardo Toledano entre otros, no se conformaron con ser catedráticos brillantes en las aulas universitarias sino que optaron también por convertirse en personalidades que reconocieron la importancia vital de su participación política y del acercamiento de la problemática cultural a la opinión pública y al sentir del hombre de la calle, cuyo porvenir siempre en entredicho depende, mucho más de lo que pueda suponerse en las sociedades industrializadas, del rumbo que tome esta búsqueda intelectual. De ahí que en un libro fundamental, Enrique Krauze califique a algunos de ellos de "caudillos culturales" de nuestro país.³

¹ Véase, por ejemplo, Josefina Zoraida Vázquez, "Liberales y conservadores en México: diferencias y similitudes", ponencia presentada en el Coloquio Internacional sobre el Pensamiento Político en América Latina, celebrado en la Universidad de Tel Aviv, en noviembre de 1996 y publicada en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe* (Universidad de Tel Aviv), vol. 8, núm. 1 (enero-junio de 1997), pp. 19-39.

² Manuel Gómez Morín, *1915 y otros ensayos*, México, Jus, 1973, p. 30.

³ Enrique Krauze, *Caudillos culturales de la Revolución Mexicana*, México, Siglo XXI, 1976.

En el padecimiento de la preocupación sobre la identidad cultural, América Latina y España convergirán a partir de la irrupción en la vida ibérica de la Generación del 98. No en balde el cuestionamiento sobre la sobrevivencia de "la Hispanidad" fue desencadenado por la pérdida de Cuba, maravilloso último baluarte del orgullo imperial de España. También es cierto que el caso de la Generación del 98 es además una instancia de la crisis de la conciencia europea, que habría de desembocar en la crítica del progreso material y de la desorientación espiritual del hombre moderno.⁴

La recia figura de José Ortega y Gasset ejemplifica esta comunidad de intereses a través del Atlántico. En el momento mismo en que Ortega reivindica a la filosofía como "la reflexión sobre el minúsculo cuerpo de la verdad, del cual parecen depender la cultura y el que los hombres no sean ineptos en sus afanes", el pensador español conquista un sitio de privilegio en la conciencia latinoamericana. En su excelente obra sobre Ortega, el connotado historiador israelí Tzvi Medin revisa acuciosamente el impacto de Ortega en el sentimiento de los intelectuales latinoamericanos, así como el indeleble encanto que el descubrimiento de lo americano produjo en el maestro español.⁵

Especialmente importante fue la influencia de Ortega con su afirmación contundente de las responsabilidades que el intelectual adquiere ante el tiempo político. Tal vez el que Ortega llegara a América Latina en un momento crucial de la modernización de la región tuvo mucho que ver con el exaltado recibimiento que tuvieron sus ideas. En todo caso, corría 1916 cuando Ortega desembarca en Buenos Aires buscando, según las palabras que de viva voz dirigió a los porteños, "la intimidad argentina [para] penetrar en su morada interior, descubrir vuestro modo genuino de temblar ante la vida, inclinándome respetuoso sobre vuestra alma y hundiendo en ella una mirada leal y fraterna".⁶ Ni que decir que fueron pocos los que no sucumbieron ante tan exquisita seducción.

La propuesta de la Generación del 98 conduce, ni más ni menos, que a la invención de una España nueva. Ortega insistió en la imperiosa necesidad de dotar a los españoles de un pensamiento sistemático y desarrollado que se exprese en ideas precisas para

⁴ Donald Shaw, *La Generación del 98*, Madrid, Cátedra, 1989, p. 12.

⁵ Tzvi Medin, *Ortega y Gasset en la cultura hispanoamericana*, México, FCE, 1994.

⁶ José Ortega y Gasset, "Primera Conferencia de Buenos Aires, 7 de agosto de 1916", en *Mediación de nuestro tiempo. Las conferencias de Buenos Aires, 1916 y 1928*, México, FCE, 1996, p. 35.

la acción. Su experiencia alemana lo persuadió de que el bienestar político y social está fundado en la cultura y, por consiguiente, de que la revitalización de España habría de basarse en un renacimiento cultural.

“La vida española nos obliga, queramos o no, a la acción política”, escribe Ortega. Puesto que para él la cultura constituía el elemento ordenador de la vida política, primero había que “socializarla”, cultivando la precisión de las ideas para que esta precisión y la sistematización del pensamiento se conviertan en virtud. Los movimientos políticos, decía, son representaciones científicas y necesitan dirección ideal: la convicción política ha de estar en armonía con la física y la teoría del arte.⁷

Habida cuenta de que en México la función política de la cultura está manifiesta desde el siglo XVIII a partir de los audaces planteamientos de fray Servando Teresa de Mier, eso si no es que antes, según sugiere una lectura comprometida de sor Juana Inés de la Cruz, el activismo gassetiano prendió.

En 1925, Daniel Cosío Villegas reclama una participación más intensa de los intelectuales en los procesos de consolidación institucional de México, so pena de fracaso para

los políticos y militares que jamás podrán realizar la parte esencial de un movimiento social. Para que un movimiento social pueda triunfar se necesita el nacimiento de una nueva ideología, de un nuevo punto de vista, de una nueva sensibilidad vital... de una nueva generación. Esa generación somos nosotros, y por eso afirmamos que nosotros somos la Revolución.⁸

En 1934, Samuel Ramos publica su obra crucial, *El perfil del hombre y la cultura en México*, donde dice:

Las generaciones nacen unas de otras, y según Ortega su faena debe realizarse en dos direcciones: por una parte recibir lo vivido por el antecedente (ideas, valores, etc.), y por la otra ejercitar su propia espontaneidad. Sólo así puede la vida humana correr por un cauce ininterrumpido e ir al mismo tiempo, como el agua del río, reflejando en su camino paisajes siempre nuevos.⁹

⁷ Inman Fox, *La invención de España. Nacionalismo liberal e identidad nacional*, Madrid, Cátedra, 1997, pp. 138-139.

⁸ Daniel Cosío Villegas, “La riqueza de México”, *La Antorcha*, 30 de mayo de 1925, citado por Tzvi Medin, *op. cit.*, p. 49.

⁹ Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, México, Espasa-Calpe, 1988, p. 131, citado por Tzvi Medin, *ibid.*, p. 50.

Con el mismo espíritu combativo, Octavio Paz afirma en 1939 que la tarea de la generación reside en profundizar la renovación iniciada por las anteriores, aunque agrega contundente que la herencia, "no es un sillón sino una hacha para abrirse paso".¹⁰ Éstos son los antecedentes, ahora la circunstancia. Al final del siglo xx el tema de las identidades culturales recupera actualidad ante la sensación de peligro sentida a nivel planetario. La expansión hegemónica de macrointereses corporativos declaradamente desprovistos de metas civilizatorias, el crecimiento incontrolado de la criminalidad y la violencia, el imparable deterioro del espacio ambiental y el insoportable avance de la pobreza que agobia a miles de millones de seres humanos, todo pertenece a una época de fuerzas apocalípticas que modulan el espacio moral y cultural de manera entrópica.

En semejante entorno, las endebles metáforas del mercado y el consumo han probado su ineficacia para ordenar el ser social. Indudablemente la crítica del siglo xx habrá de ser severa con la falta de imaginación que llevó a suponer que las motivaciones fundacionales de la existencia humana se podían reemplazar con incesantes y agresivas conminaciones a la compraventa de objetos, servicios e individuos.

El hecho es especialmente sorprendente habida cuenta de que el mercado es una institución primaria del quehacer social. Antes de nosotros, ninguna civilización depositó en el rejeugo de los intereses involucrados en las transacciones mercantiles la razón de ser de su existencia, precisamente por conocer desde el principio de los tiempos el riesgo de semejante equívoco. ¿Cómo es que cuando el hombre presume saber más y mejor ha caído en la trampa?

Abrumada por la ley de la selva, que el mercado entronizó como mecanismo regulador del quehacer humano, la gente hace un desesperado último llamado a la cultura como oportunidad de realización. De ahí el inevitable salto de la identidad cultural a la arena política, frecuentemente a pesar de algunos políticos.¹¹

Ciertas teorías consideraban la cuestión de la identidad cultural y la nación como asunto destinado al olvido. Según eso, superado todo símbolo la humanidad avanzaba con paso firme rumbo a un

¹⁰ Octavio Paz, "Razón de ser", 1939, citado por Tzvi Medin, *ibid.*, p. 53.

¹¹ Existen abundantes diagnósticos de la grave situación. Para fines de este trabajo resultan especialmente útiles: Jean-Claude Guillebaud, *La trahison des Lumières. Enquête sur le desarroi contemporain*, París, Seuil, 1995 y Zaki Laidi, *Un monde prive de sens*, París, Fayard, 1994.

Edén de esencia protomatemática. Como no resultó así, ahora acuden a la fácil denuncia de un supuesto retroceso hacia lo nacional, o peor aún, de la deserción masiva de regreso al terruño.

Las sociedades metropolitanas viven en la cúspide la contradicción planteada por las medidas aplicadas durante las últimas décadas. Altamente significativo es el hecho de que Inglaterra y Francia se decidan a redefinir sus metas sociales y apresten los instrumentos políticos para actuar en tal sentido. La trascendencia del fenómeno es innegable, no sólo por el vigor de sus sociedades sino por el efecto universal que los cambios en esos países están destinados a producir, habida cuenta de su inmenso peso civilizacional.

En Estados Unidos existe plena conciencia de la necesidad inaplazable de virar el rumbo. En el campo de la cultura, muy eminentes intelectuales habían previsto lo que venía. Por ejemplo, ya en 1962 Hannah Arendt lanzaba un llamado a diferenciar lo fundamental que se perdía y lo trivial que "funcionaliza" la cultura para hacerla digerible al estómago de la llamada industria del entretenimiento, definitivamente escapista, nostálgica y anodina. Su voz no fue escuchada. Irremediablemente se llegó a una situación en la que, según Joseph Epstein, la vulgaridad consiste en la incapacidad de formular aquellas distinciones.

Entre mis lecturas norteamericanas encontré este texto conmovedor de Saul Bellow, publicado el año pasado:

Atrapado mi auto en la nevada, observaba yo al viento golpear los otros carros estacionados a medianoche. La caída de los copos de nieve alumbrados por los faroles de la calle, me hizo anhelar que fuésemos totalmente cubiertos por su blancura. Otórganos una semana de moratoria, Dios mío, respecto a las idioteces que arden a nuestro alrededor y permite que la pureza de la nieve enfríe las mentes y diluya las toxinas que han infectado nuestro juicio. Concédenos una pausa, Señor.¹²

Así es el entorno en el que los mexicanos debemos proceder a reevaluar las opciones de que disponemos para seguir adelante con un mínimo de buen éxito. Lo desolador de los diagnósticos respecto al tenor de la época por la que el mundo transita tiene, además de un efecto perturbador, la peculiaridad de hacernos ver que es poco

¹² Saul Bellow, "Papuan and Zulus", *The New York Times*, página editorial, 3 de octubre de 1994, citado en Katherine Washburn y John F. Thornton, eds., *Dumbing down. Essays on the strip-mining of American culture*, Nueva York, W. W. Norton, 1996, p. 25.

lo que, hoy por hoy, alguien puede venir a ofrecernos, iba a decir vendernos, desde fuera alegando seguridad.

Por otra parte, debe prevalecer la actitud de aproximarse al reto de la acción con la certeza de que, a nivel planetario, son muchos los que anhelan un golpe de timón y trabajan para conseguirlo. En este sentido, nadie está para dar lecciones y mucho menos recetas, pero hay grandes experiencias útiles que compartir.

Sin duda una de las metas más deseables para México es la de consolidar una cultura de la democracia. Se dice más fácil de lo que se hace y no se trata de jugar con las palabras.

Se entiende por una cultura de la democracia el fomento de la conciencia de la diversidad y de la tolerancia respecto a las preferencias y conductas de los demás. Implica una relativización de las opiniones, sin menoscabo de la dignidad de las posiciones adoptadas. El asunto es extremadamente difícil y riesgoso. Las sociedades más avanzadas de nuestro tiempo trabajan afanosamente por alcanzar los nuevos equilibrios que esta cultura implica para la existencia en colectividad.

El delicado balance entre tradición e innovación es otro factor cultural de enorme importancia para la convivencia democrática. El ejercicio instrumental de las opciones de cambio y conservación se aprende y ejercita en la práctica cotidiana aspirando a integrarlo en un código de valores. El conocimiento de la historia y la información al día sobre el avance científico, tecnológico y político son indispensables para que las opciones sean efectivamente funcionales.

Todo lo anterior debe transmitirse al sistema educativo mexicano. Es algo de urgencia extrema, pues no sólo de computadoras vivirá el niño.

El disfrute de las bellas artes, la protección del patrimonio natural, histórico y monumental, el estímulo a la creación artística, el desarrollo de las industrias culturales y toda la amplia gama de manifestaciones estéticas que constituyen el hecho civilizacional dependerán, en gran medida, de la adecuada conformación del nuevo diálogo democrático que empieza a entablarse en México. Cultura y política deben ser vasos comunicantes en la reconstrucción de la identidad nacional.

En cada coyuntura social debe haber un haz de ideas-fuerza que conforme los lineamientos culturales básicos, a encarnar en la praxis del hombre cotidiano. Existirán entonces nuevos planteamientos y respuestas a problemas específicos, que aunque momentáneamente tengan escasa onda expansiva, proyectan hacia el futuro efectos

trascendentes.¹³ Por ello es indispensable tipificar las modalidades de la cultura nacional en función de las exigencias y necesidades del mexicano de hoy.

El alegato aquí esquematizado no concierne, más que parcialmente, a la esfera gubernamental. El voluntarismo burocrático es una pesadilla de la que debemos despertar y la cultura por decreto no ha funcionado en ninguna parte. De ahí que la tarea se tenga que plantear a nivel de la sociedad en su conjunto y trasladarse al centro del debate popular. Ojalá no posterguemos este encuentro con la realidad.

Hace cien años en España una nueva generación de intelectuales asumió su condición ciudadana y planteó a la sociedad en crisis el proyecto de una nueva cultura. En toda Iberoamérica el efecto adquirió proporciones históricas. Estimulados por este proceso, los mexicanos de entonces aceptaron el reto de pensar diferente y lograron proponer a la revolución triunfante un diseño de nación soberana. Aquella proeza de hace un siglo, además de llenarnos de asombro y admiración, nos está poniendo el ejemplo.

¹³ Para un interesante desarrollo de esta premisa, véase Manuel Tuñón de Lara, *Medio siglo de cultura española (1885-1936)*, Madrid, Tecnos, 1984.